

EL CENTRO DE NUESTRO PROGRAMA ES LA POLÍTICA SOCIAL

Queridas compañeras y queridos compañeros:

Regreso a Popayán, ciudad de históricas luchas sociales y en la que tengo raíces familiares, a agradecerles el gran respaldo que ustedes han dado para que el Pacto Histórico se consolide. Ayer inscribimos a nuestras candidatas y nuestros candidatos al Senado y la Cámara de Representantes, avalados por más de 2'700.000 votos que obtuvimos en la consulta del pasado 26 de octubre.

Asimismo, presentamos la solicitud para una consulta interpartidista en la que triunfaré para ser el candidato de un frente plural y progresista que sea una alternativa para Colombia.

Somos la principal fuerza política en el país y vamos a ganar en las elecciones de 2026. Yo seré el sucesor de Gustavo Petro y gobernaré acompañado de una numerosa bancada parlamentaria.

Ahora debemos aplicarnos a ir casa por casa, calle por calle, vereda por vereda a organizar y movilizar a nuestros millones de electores, coordinar el transporte el día de la elección, conseguir decenas de miles de testigos electorales y vigilar el escrutinio de nuestros votos.

Pero, al lado de esa acción en el terreno, también libramos el debate de las ideas y del programa.

La derecha utiliza campañas de extrema violencia para acabar moral e incluso físicamente con el presidente Gustavo Petro y conmigo mismo. A esa infame propaganda respondemos con serenidad, no con insultos, sino con argumentos e ideas poderosas.

Está claro: aunque en la derecha colombiana pululan candidatas y candidatos, varios de los cuales ni siquiera alcanzan a superar el margen de error en las encuestas, como ocurre con las aspirantes del Centro Democrático, mi debate no es con ellos. **Mi discusión es con su verdadero jefe político: Álvaro Uribe Vélez.**

No vamos a distraernos con las figuras secundarias; que responda el titiritero, no sus marionetas.

Y, por lo tanto, quiero ahora plantear un aspecto de la controversia de fondo que tengo con él: su concepción del modelo neoliberal que es totalmente contraria al centro de nuestro programa que es la política social.

Uribe ha empobrecido a Colombia y ha llevado a la miseria a millones de nuestros compatriotas. Fue el gestor y creador de las más importantes reformas neoliberales que arruinaron a campesinos, pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes, a los trabajadores, a las millones de víctimas de la violencia, a mujeres que viven de la llamada informalidad, a los habitantes de los barrios populares de las grandes ciudades.

Como en otros campos de la vida política y social, en este también Uribe procedió sin ninguna clase de escrúpulos, se puso al servicio de los intereses más mezquinos del enriquecimiento y la codicia, así como de la corrupción.

Él privatizó el sistema de atención en salud con la ley 100 de 1993, que convirtió este derecho fundamental en un negocio, consolidó un sistema en el que el Estado paga, pero los privados mandan pues administran recursos públicos.

Él contribuyó a la reforma laboral de carácter neoliberal con la ley 789 de 2002, redujo los recargos nocturnos, impuso menores indemnizaciones por despido, precarizó el empleo y flexibilizó la contratación temporal.

Él impulsó la reforma pensional con la ley 797 de 2003, que aumentó las semanas de cotización, endureció los requisitos pensionales, y promovió los fondos privados.

Y para encubrir esta política de empobrecimiento generalizado Uribe desarrolló **la ficción de que estaba combatiendo el “Estado derrochón” con la austeridad neoliberal** que, en palabras simples, significa que al que le toca apretarse el cinturón es al pueblo, mientras los políticos, los magnates, los gobiernos de turno se enriquecen más.

Pero, **contrario a la austeridad pregonada,** Uribe destinó enormes cantidades de recursos públicos a la guerra y a fortalecer el gasto militar, que dejó miles de víctimas como los muchachos de los ‘falsos positivos’, incrementó el IVA y entregó subsidios del programa Agro Ingreso Seguro, destinados originalmente a campesinos pobres, a varios de sus socios, grandes terratenientes, quienes habían financiado su elección.

Esa implacable política neoliberal llevó a Colombia al desastre social en el gobierno del sucesor de Uribe, Iván Duque, quien junto a su ministro de Hacienda, en medio de la miseria provocada por la pandemia, decidió aplicar el IVA a los alimentos básicos de la canasta familiar para evitar que grandes corporaciones financieras dejaran de recibir sus habituales jugosas ganancias.

No se nos olvida que cuando en muchos hogares del país había hambre y, solo se podía en el mejor de los casos, tener un plato de comida al día, el expresidente Duque y su nefasto ministro de Hacienda, Carrasquilla, tomaron esa medida que, sin exageración, **debemos calificar de criminal**.

Y, como ustedes recuerdan, tan despiadado fue ese aumento del costo de los alimentos que produjo una de las más intensas olas de movilizaciones de nuestra historia contemporánea, el “estallido social”, que aquí en Popayán y en Cauca tuvo uno de sus epicentros de lucha popular.

El neoliberalismo nos dejó un país herido, pero también nos dejó una lección: cuando lo público se entrega, el pueblo pierde; cuando lo público se defiende, el pueblo gana.

Hoy debemos hablar sin eufemismos. Durante décadas, bajo el nombre seductor de “neoliberalismo”, se nos impuso un modelo que presentó la acumulación privada de capital como progreso, la reducción del Estado y la destrucción de lo público como modernidad. Pero lo que realmente vivimos fue otra cosa: **una acumulación corrupta de capital**, sostenida por la entrega de la riqueza colectiva de la sociedad a intereses privados.

Nos dijeron que privatizar era hacer eficiente la prestación de servicios; que mercantilizar necesidades fundamentales era inevitable; que la competencia resolvería todo. Pero la verdad la sufrimos en carne propia: la privatización neoliberal del Estado se convirtió en **depredación de lo público**, en el **robo sistemático de los derechos** y en la conversión de nuestras necesidades (salud, educación, agua, energía) en mercancías para el lucro de unos cuantos.

Y cuando los derechos se transforman en productos, cuando lo común se vuelve botín, cuando los funcionarios dejan de servir al pueblo para servir a los intereses que compran voluntades, entonces surge lo que hoy denunciemos con fuerza: **la megacorrupción, la corrupción generalizada**.

No fue un accidente; fue el resultado lógico de un modelo que confundió la libertad con el negocio, y la democracia con el mercado.

Por eso debemos **examinar a fondo esta relación perversa**:

La **privatización de lo público**, que reduce al Estado a un administrador subordinado.

La **mercantilización de los derechos**, que transforma a la ciudadanía en clientela.

Y la **corrupción estructural**, que se alimenta de esa simbiosis entre concentración privada económica y política.

No se trata solo de malas prácticas individuales; se trata de un sistema que convirtió al país en un negocio y al gobierno en una franquicia. Es tiempo de decirlo: **la corrupción no es un cáncer aislado; es el resultado político del neoliberalismo**.

Es hora de elegir de qué lado queremos estar.

Quiero hablarles ahora de las propuestas que complementan el planteamiento programático que hice hace algunos días en Cali, sobre la ***austeridad republicana o democrática***, como principio de la Revolución Ética que requerimos en Colombia, como principio para la lucha contra la gran corrupción que hoy impera, y como fuente de valiosos recursos para la inversión social.

Ese principio de austeridad republicana se expresa de manera simple y directa en la siguiente frase: **quien debe apretarse el cinturón es el gobierno, no el pueblo**.

Para fortalecer de verdad el gasto social y garantizar que cada peso invertido se traduzca en bienestar para la gente, nuestro gobierno impulsará gradualmente tres grandes medidas que complementan y profundizan la política de austeridad republicana.

En primer lugar, concentraremos nuestros esfuerzos en grandes programas sociales capaces de transformar la vida de la población. Programas sólidos, coherentes, que respondan a las necesidades reales de las familias. Esto significa

dejar atrás la dispersión y avanzar hacia la fuerza de lo colectivo: concentrar para fortalecer, unir para multiplicar.

De igual forma, no crearemos nuevas instituciones que aumenten innecesariamente las demandas del gasto público. Por el contrario, utilizaremos las instituciones ya existentes y la coordinación interinstitucional, para que estos programas puedan funcionar de la manera más eficaz posible.

En segundo lugar, no basta con diseñar mejores programas; debemos asegurar que los recursos lleguen directamente a quienes los necesitan, sin burocracia, desviaciones, sin pérdidas, sin intermediarios que pretendan quedarse con lo que pertenece al pueblo.

A menudo, en un Estado que se ha hecho fortín de la gran corrupción, las cadenas de intermediarios funcionan como canales de malversación de los recursos, de tal forma que cada intermediario va tomando una parte, y a sus destinatarios los ciudadanos de a pie y las comunidades, solo les llega, si es que les llega, las sobras de la olla raspada.

Por eso, **eliminaremos toda forma de intermediación burocrática** que ponga en riesgo la transparencia. Y construiremos mecanismos modernos, seguros y eficientes para que cada transferencia sea directa, rápida y justa.

Por eso, debemos crear o adaptar un sistema financiero que le permita a los pobres y a las comunidades más empobrecidas en los territorios excluidos, acceder directa y rápidamente a los recursos: crear o adaptar un **Banco del Pueblo**.

Por último, haremos del recaudo tributario una herramienta efectiva para la equidad. Perseguiremos la evasión fiscal con determinación, sin privilegios ni excepciones, porque los impuestos no son un castigo: son el aporte solidario que permite que un país avance. Discutiremos, acordaremos y adoptaremos las políticas necesarias para que la evasión quede en el pasado y para que cada contribución llegue a las arcas públicas como corresponde.

Nuestro compromiso es un Estado más eficiente, más justo y más cercano, donde los recursos se inviertan con responsabilidad y donde la ciudadanía vea reflejado su esfuerzo en oportunidades, en progreso y en dignidad.

Porque cuando los recursos se administran con honradez y valentía, el país entero camina hacia adelante.

Compañeras y compañeros:

Estamos listos para defender nuestro programa y su línea roja: cualquier alianza o acuerdo nacional lo haremos partiendo del principio esencial de que en el centro de la política de gobierno y de la economía debe estar la inversión en lo social.

Esta no es una premisa contra nadie, ni contra quienes tienen la mayor riqueza en el país. Partimos de la convicción de que si eliminamos la pobreza y la desigualdad, todos ganaremos y seremos prósperos como sociedad y nación.

Aquí creemos en un planteamiento que se usa en el actual gobierno mexicano: “Por el bien de todos, primero los pobres”.

Por eso, no permitiremos el regreso al pasado de desigualdad e iniquidad que nos impusieron los gobiernos uribistas. Vamos a avanzar en la profundización de las reformas sociales de carácter estructural y en los programas universales para el beneficio del pueblo.

Como lo dije ayer, al inscribir nuestras listas al Congreso de la República:

Invito al país a caminar con nosotras y nosotros.

Porque este es el momento.

Porque este es el Pacto Histórico.

Porque llegó la hora del cambio definitivo.

¡Adelante, compañeras y compañeros, vamos a ganar!

Muchas gracias.

Popayán, Cauca, 6 de diciembre de 2025.

